

*Usted me dijo que no regresara a verlo hasta que yo llegara a esa etapa de la investigación científica que consiste en examinar el tema de que se trata y escribir sobre él. No sin trabajo, ahora me encuentro en esa etapa. Creo que puedo decir que hoy sé más que nadie en el mundo sobre el mal de ojo*

—¿Ah sí? ¿Un tema de investigación? Dígame ¿qué tema era ése? Mi memoria se ha deteriorado y le pido que me disculpe si no lo reconozco de inmediato.

—No se preocupe, señor. Usted me dijo que no regresara a verlo hasta que yo llegara a esa etapa de la investigación científica que consiste en examinar el tema de que se trata y escribir sobre él. No sin trabajo, ahora me encuentro en esa etapa. Creo que puedo decir que hoy sé más que nadie en el mundo sobre el mal de ojo.

—¡Ah, el mal de ojo!

—Sí, el mal de ojo. Pero antes de escribir mi monografía, señor, quisiera su consejo sobre dos serias cuestiones. La primera: ¿debo ofrecer mi evidencia *in extenso*, acompañándola de un comentario en forma de nota, o es preferible que escriba el comentario en forma discursiva y me limite a sintetizar mi evidencia? La segunda: ¿debo publicar la evidencia, ya sea completa o en partes, en la lengua original —algonquino, pali, islandés, savoyano y así sucesivamente— o en su lugar debo traducirla al francés, o quizás al latín por aquello de los pasajes obscenos?

—Por la gravedad de las preguntas que me hace, mi querido alumno, no le puedo contestar sin una reflexión madura —dijo el maestro—. Regrese a verme un día de éstos y le daré mi opinión. Sin embargo, ahora me toca a mí hacerle una pregunta. Mientras usted investigaba su tema, ¿ha pensado en mantener actualizada su bibliografía?

## V

El Joven desahogó en un gesto su desesperación. Se fue sin decir una palabra, se lanzó a la sala principal de la Biblioteca Nacional, se desplomó en el asiento número III, que por una tradición semisecular se consideraba casi de su propiedad, y procuró febrilmente recuperar el tiempo perdido.

La muerte lo alcanzó en este mismo asiento, al quebrarle una vértebra cervical. En su testamento, dejó su fortuna y sus notas a su excelente maestro. Este último aceptó el dinero, pero nadie sabe qué pasó con los 18 millones de notas.

## Verde oscuro, rojo vivo

### Gore Vidal

Fragmento del libro de memorias *Palimpsest*, Random House, 1996. Traducción de Antonio Saborit.

**E**n el verano de 1946 dejé mi trabajo como editor adjunto en E.P. Dutton en Nueva York. Al seguir Europa cerrada a los turistas, tomé hacia el sur de la frontera. Quería salir de Nueva York y de lo que

para mí había sido, hasta ese momento, una cadena perpetua en prisión: doce años de escuela, casi tres en el ejército, medio año en una editorial. Quince años de hacer lo que no quería hacer era la mayor parte de mi vida. Tenía veinte años al llegar a la ciudad de Guatemala.

Me quedé en una pensión; trabajé en *The City and the Pillar*; conocí gente. Guatemala comenzaba a florecer. El viejo dictador, Ubico, cliente de Estados Unidos, había sido expulsado. Un profesor de filosofía de nombre Arévalo había salido electo presidente en una elección libre. Era socialista demócrata o social demócrata o lo que fuera. Había incorporado gente joven al gobierno, domesticado al ejército, tratado con tacto a la mayor fuente de empleo en el país, la compañía estadounidense United Fruit. Visité las *fincas*, o propiedades, de acaudalados cafetaleros que vivían casi igual que como habían vivido durante dos siglos, señores feudales que estaban en términos amistosos si bien menos que generosos con la mayoría maya.

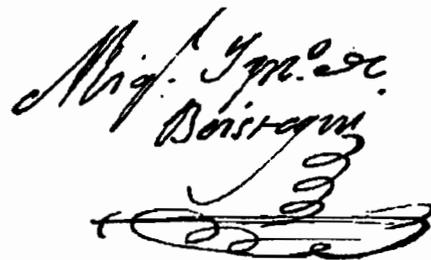
Más adelante me mudé a Antigua, un poblado del siglo XVI en las montañas rodeado de volcanes. Por 2,000 dólares compré el convento de El Carmen, dañado por los temblores; había varias habitaciones vivibles y una capilla grande que nunca ocupé. La vida era barata. Los extranjeros que vivían en Antigua eran o bien hombres y mujeres remisos de cierta edad, como Nina, para quien el martini perfecto era el Santo Grial. Yo no encajaba muy bien en la colonia extranjera, pero los visitantes venían a quedarse conmigo.

Por mucho, la persona más interesante en (y fuera de) la ciudad era Mario Monteforte Toledo. Era un delgado, impetuoso intelectual que escribía poesía, menor de 30 años. Tenía esposa en la capital y una novia indígena en Antigua, y cuando la venía a visitar, él y yo nos juntábamos y platicábamos y platicábamos. Presidente del Congreso de Guatemala, Mario aparecía en la cabeza de todos como futuro presidente de la república. En política era medio socialista, según el estilo de los jóvenes en esos días. Yo, desde luego, reflejo de las opiniones políticas de mi familia, era feroz conservador.

Escena: el patio de mi casa, dominado por el alto muro de la iglesia adyacente de El Carmen. Debajo de un árbol, cerca de una fuente cuadrada como artesa de caballos, nos sentábamos y tomábamos cerveza. Mario me cuenta el chisme. Hace poco se salió de la carretera el automóvil del presidente; conducía una chica de Estados Unidos de una revista informativa. Luego me empezó a molestar con mis buenos amigos, la familia Vásquez Bruni, fuertes terratenientes cuya casa en la ciudad de Guatemala ocupaba una cuadra. El patriarca de la familia era colombiano de origen y detentaba lo que parecía ser un rango hereditario de ministro desde Colombia hasta Guatemala. Había tres hijos —uno de ellos un verdadero ingenio de nombre Ricardo— y una hermosa hija llamada Olga. Formaban un mundo encantado. Con frecuencia me ponía a pensar que yo tenía más suerte que el protagonista del libro que entonces era mi favorito, *Le grand Meaulnes*. Logré hallar el camino de regreso a la vieja casa y sus maravillosos ocupantes, todo ello presidido por el anciano ministro en su trono, con dos mastines igual de viejos a sus pies.

Tras la denuncia ritual de los ricos y los indiferentes, Mario empezó a hablar de política.

*Por mucho, la persona más interesante en (y fuera de) la ciudad era Mario Monteforte Toledo. Era un delgado, impetuoso intelectual que escribía poesía, menor de 30 años. Tenía esposa en la capital y una novia indígena en Antigua, y cuando la venía a visitar, él y yo nos juntábamos y platicábamos y platicábamos*



Mario Monteforte Toledo

*Pero en esos días yo no era consciente de hasta qué punto los grandes negocios controlaban al gobierno de nuestra agonizante república. Hoy, claro, todos saben cómo el imperio que surgió, con su economía militarizada, controla los negocios*

—Puede ser que nosotros no duremos mucho.

—Nosotros... ¿quiénes?

—Nuestro gobierno. En algún momento vamos a tener que incrementar nuestro ingreso. En el único lugar en el que hay dinero que recoger es *el pulpo*. —El pulpo, conocido también como United Fruit Company, cuyos ingresos anuales eran dos veces los del Estado guatemalteco. Hacía poco que sus trabajadores se habían ido a la huelga; egoístamente, querían que se les pagara dólar y medio por su interesante trabajo.

—¿Qué les impide a ustedes cobrarles impuestos? —Yo era ingenuo. Esto ocurrió hace mucho tiempo y Estados Unidos acababa de convertirse en el líder del Mundo Libre.

—Tu gobierno. ¿Quién más? Ellos mantuvieron a Ubico en el poder durante todos esos años. Ahora se preparan para sustituirnos.

Yo estaba sorprendido. Conocía vagamente nuestras numerosas intervenciones pasadas en América Central. Pero eso ya había pasado. ¿Por qué hoy habríamos de tomarnos semejante molestia?

—¿Por qué nos habría de importar lo que ocurre en un país tan pequeño como éste?

Mario me observó con compasión —compasión por mi estupidez—.

—Los hombres de negocios. Como los dueños de la United Fruit. A ellos les importa. Ellos solían pagar por nuestros políticos. Siguen pagando por los de tu país. Por cierto que uno de tus senadores fuertes está en el consejo del pulpo.

Yo estaba enterado de algunas cosas de nuestros senadores. ¿Cuál? Mario fue vago. —Tiene tres nombres, como nosotros. Creo que es de Boston...

—¿Henry Cabot Lodge? No lo creo. —Lodge era amigo de la familia; de niño había discutido de poesía con él; de hecho, él era hijo de un poeta. Años después, como embajador de Kennedy en Vietnam, Lodge presidiría el asesinato de los hermanos Diem.

Conforme tomábamos cerveza y se iba la luz, Mario describió la trampa en la que estaba un país tan pequeño como Guatemala. No puedo decir que lo tomara muy en serio. Con todo el mundo —a excepción del satánico Soviet— en nuestras manos, a duras penas cabía en el interés nacional derrocar a un vecino democrático por mucho que su gobierno molestara al consejo de presidentes de la United Fruit. Pero en esos días yo no era consciente de hasta qué punto los grandes negocios controlaban al gobierno de nuestra agonizante república. Hoy, claro, todos saben cómo el imperio que surgió, con su economía militarizada, controla los negocios. El resultado final es muy semejante para el resto del mundo, sólo que los campos de exterminio son más vastos que antes y hacemos calamidades no sólo con nuestros débiles vecinos sino en todos los continentes.

En ese momento no me di cuenta de que Mario me entregaba la idea para una novela: un dictador (como Ubico) regresa de su exilio en Estados Unidos como el candidato del pulpo para recuperar el poder. Yo contaría la historia a través de los ojos de un veterano de guerra de Estados Unidos (como yo mismo) que se une al general por amistad con su hijo. Mientras más me demoraba en el relato, más complejidades surgían. Lo llamé *Dark Green, Bright Red*. Los Verdes, padre e hijo, eran la compañía, y figuras tenebrosas ciertamen-

---

te, a la caza de verdes junglas. El rojo vivo no sólo se refería a la sangre sino a la posibilidad de que un comunista, un rojo, tomara el poder. Los colores primarios no dejan de cambiar. En este relato nada es lo que aparenta ser.

—Ninguna novela sobre (o proveniente de) Latinoamérica ha llegado a ser un éxito en inglés. —En 1950, mi editor tenía razón.

Cuatro años después de publicado el libro, el senador Henry Cabot Lodge denunció la popularidad del sucesor electo de Arévalo, Árbenz, diciendo que era comunista porque Árbenz había expropiado parte de las propiedades ociosas de la compañía, las cuales había entregado a 100,000 familias guatemaltecas. Árbenz le pagó a la compañía lo que él pensó que era un precio justo, si bien ridículo: el catastro que ellos habían hecho para fines fiscales.

El imperio de Estados Unidos —o Estado de Seguridad Nacional— entró en acción. La CIA formó un ejército y bombardeó la ciudad de Guatemala. El embajador estadounidense Peurifoy nombró presidente al jefe de la armada guatemalteca y le entregó una lista de “comunistas” a quienes había que matar. El jefe de la armada se negó: —Sería mejor —dijo— que *usted* se sentara en la silla presidencial y que las barras y las estrellas ondearan sobre el palacio.

Peurifoy seleccionó a otro militar para representar los intereses de la compañía y del imperio. Desde entonces, Guatemala ha sido tierra de matanzas, rojo realmente vivo sobre el oscuro verde imperial. Más adelante se descubrió que Árbenz no tenía conexiones comunistas, pero la “desinformación” fue tan completa que pocos estadounidenses se dieron cuenta del tamaño de la mentira que les había dicho su gobierno, el cual para entonces se había colocado por encima de la ley y, bastante peor, más allá de la razón. Cinco años después, en Cuba, Castro expulsó a nuestros verdes y se estableció a sí mismo como una viva —si bien ahora opaca— presencia roja.

El libro se sigue leyendo en ediciones españolas y portuguesas, y me cuentan que muchos lectores no se percatan de que fue escrito casi una década antes de Castro, así como cuatro años antes de que mi amigo Monteforte Toledo saliera al exilio. Él se estableció en la ciudad de México. Escribió un libro de título *El pez*, el cual me envió. Luego le perdí la pista a él y a todo ese soleado mundo ambiguo de brillantes colores que para mí sobrevive únicamente en las páginas de una vieja novela.

